

La personalidad y el mensaje de Martí⁴

Raimundo Lazo

Con la sencillez y el íntimo entusiasmo de las grandes afirmaciones que a trechos iluminan la vida, y en ella sostienen y orientan, podemos y debemos decirlo: esta noche es una noche solemne. Hace hoy cien años, prendió en nuestra tierra la llama de una vida de excepción, aparecida en el mundo para seguir ardiendo siempre, generosamente, como luz viva, como guía y estímulo perenne, como vigilante y amorosa compañía, en la conciencia de los hombres libres, en el corazón de los hombres de buena voluntad.

Nos convoca en este centenario el recuerdo de una vida justamente sublimada en leyenda, en símbolo colectivo, la presencia espiritual de un arquetipo, no ya solo de cubanía, sino de humanidad; y hablar de ello requiere el fervor iluminado al par que la prudencia de una especie de oratoria religiosa, poseer el sentido y la limpieza moral propios de un culto cívico en que se manifiesta, se concreta y se consolida una doctrina de solidaridad y de noble acción humana que, siéndolo en el mundo sin fronteras del espíritu del hombre, es además, en la concreta medida de lo nuestro, precioso valor de la historia propia y alma de la nacionalidad.

Concurren a esta evocación hombres de todas partes del mundo, en la creadora y elevada universalidad a que necesaria y felizmente conduce ser hombre esencial, y comprender y sentir la grandeza de aquellos que lo fueron; concurren cubanos de

⁴ Conferencia pronunciada el 28 de enero de 1953.

toda condición y procedencia, cada uno con su aporte positivo o negativo de historia, y hombres ligados a Cuba por las espontáneas relaciones de la convivencia, que tantas veces sirven para crear la noción y el sentimiento de una patria de adopción comparable, o por lo menos armoniosamente compatible, con la de origen, a la que consagra el nacimiento y la herencia.

La universalidad del homenaje, su justificación y trascendencia, obligan, sin embargo, a buscarle sentido, en primer término, para que de ninguna manera sea una de esas temibles conmemoraciones dictadas y animadas solo por la cronología, o que, por lo menos, deje de serlo en la medida en que podamos evitarlo.

Concebimos la historia como la síntesis armoniosa de la realidad y del mito, del hecho concreto y su estilización moral, del suceso de una época y de un lugar y de su proyección indefinida en el tiempo y en el espacio, de la biografía y de la leyenda, de los seres y fenómenos y de su significado simbólico. De acuerdo con estas ideas, Martí es, al cumplir su primer siglo de historia, mito y realidad, hombre de biografía concreta y sujeto de leyenda, la verdad histórica hecha de acaecimientos particulares, y la verdad esencial de la historia, en que la historia se manifiesta en su esencia, en su sentido y en su orientación. Lo que no puede haber en la personalidad martiana es negación o falseamiento de la realidad, ni disección de su ser que ponga de un lado al hombre y del otro al símbolo, de un lado la verdad biográfica concreta y particular, y de otro su necesaria sublimación. Ni fábula bordada sobre el vacío, ni estilización geométrica, ni aplastamiento y recorte de su personalidad bajo el peso de la reconstrucción implacablemente documental, sino un hombre de pensamiento y de acción, que se proyecta y, naturalmente, asciende hasta el símbolo y, a la vez, un símbolo lleno de humanidad, hecho de realizaciones y de frustraciones, de pequeños y de grandes sucesos, de pequeños y de grandes heroísmos, de la nota circunstancial y perecedera en que tiempo y lugar se reflejan, y de los motivos perdurables en que el genio deja su marca inconfundible y perenne.

Su mejor elogio, su más exacta y comprensiva biografía será siempre la que empiece y termine subrayando la afirmación

capital: *fue un carácter*; la que mejor precise y haga resaltar en su vida la presencia magnífica del hombre, la consecuencia del hombre consigo mismo, su consistencia, su coherencia moral.

El carácter fue en él la fuerza moral que vence resistencias en el propio sujeto y en lo circundante. Fue vencimiento de la resistencia de lo subjetivo, refrenamiento de la proyección vital espontánea así del hombre volitivo y activo como del hombre sentimental. Es admirable haciendo culminar gloriosamente su vida en Dos Ríos; pero no lo es menos al sacrificar por la patria, en silencioso y abnegado culto del deber, hasta la propia voluntad, los impulsos y las más legítimas aspiraciones personales de su vida de hombre superdotado para el éxito. Predicar y fomentar la Revolución requería solo, en individuos de su tipo, dejar correr el impulso personal; pero frenar la revolución prematura hasta que, en grandísima parte por su magno esfuerzo, maduraran los tiempos para el triunfo de la que quería que fuera *la revolución, no de la cólera, sino de la reflexión*, implicaba el pleno y heroico dominio sobre los legítimos y tentadores impulsos del hombre de voluntad y de acción. Y es el triunfo del carácter sobre el impulso vital lo que le permite, a él, joven entonces y poco conocido, en 1882, decir a Máximo Gómez, veterano de las luchas pasadas, *esperar es una manera de vencer; no hay mayor prueba de vigor que reprimir el vigor*; lo que antes, en 1880, le permitía decir a Emilio Núñez: *Deponga Ud. las armas. No las deponga Ud. ante España, sino ante la fortuna. No se rinda Ud. ante el gobierno enemigo, sino a la suerte enemiga*.

Y como dominaba en sí las solicitudes del hombre volitivo y activo, asimismo, cuantas veces fue necesario, sacrificó en aras del deber los impulsos más vehementes del hombre sentimental que matizaban su compleja personalidad; y esquivando seducciones, los atractivos del interés personal y de la gloria efímera, supo mantener y perfeccionar el temple de un carácter sencilla y calladamente heroico. Lecciones del difícil, del heroico dominio sobre el hombre de pasiones que todos llevamos en el ser, son los actos suyos de comprensión y tolerancia con sus contradictores, que eran sus calumniadores a veces; pero pocas veces triunfó un carácter de prueba tan riesgosa como cuando aquel hombre, que ofrendaba ya su juventud al servicio de la

patria, y que se desvelaba ya por servirla, creyó que algunos la servían mal al fomentar una revolución que no era la que él quería, que no era como la que, al fin, habría él de organizar para hacer libre a su pueblo. Inolvidablemente ejemplar es su ingenua confesión del sacrificio de sus más vivos impulsos, en una carta a J. A. Lucena, de 1885, en que explica, con hondo dolor, su impuesta pasividad y su silencio aun en la fecha gloriosa del 10 de octubre. Sus palabras son estas:

¿Cómo serviré yo mejor a mi tierra? me pregunté. Yo jamás me pregunto otra cosa. Y me respondí de esta manera: Ahoga todos tus ímpetus: sacrifica las esperanzas de toda tu vida: hazte a un lado en esta hora posible del triunfo, antes de autorizar lo que crees funesto: mantente atado, en esta hora de obrar, antes de obrar mal, antes de servir mal a tu tierra so pretexto de servirla bien. Y sin oponerme a los planes de nadie, ni levantar yo planes por mí mismo, me he quedado en el silencio.

Y con esta convicción, con esta decisión de sacrificio que ahoga sentimientos en tensión creciente, aunque el corazón quiera volar a Filadelfia a la fiesta patriótica del 10 de octubre, y después a la acción prematura y mal orientada, él permanece entonces, callada, penosamente, en el aislamiento de Nueva York, porque lealmente piensa, y nos dice sin rodeos,

[...] no se debe poner mano sobre la paz y la vida de un pueblo sino con un espíritu de generosidad casi divina, en que los que se sacrifiquen por él garanticen de antemano con actos y palabras el explícito intento de poner la tierra que se liberta en manos de sus hijos, en vez de poner, como harían los malvados, sus propias manos en ella, so capa de triunfadores.

Quien de este modo admirable supo vencerse a sí mismo, era un carácter en la rarísima plenitud del término, y señor de sí en el abnegado cumplimiento del deber, podía serlo también de las circunstancias, que encontraba a su paso; y lo fue, en efecto, luchando con ellas heroicamente, venciénolas y disponiendo de ellas en el avance empeñoso, decidido y sin tregua, hacia el ideal que iluminaba su vida. De ello, el mejor ejemplo es el magno ejemplo de la organización de la guerra de independencia

de Cuba, fin supremo para cuya realización no hay resistencia ni fracaso que detenga su actividad en tensión perenne, ni el enraizado divisionismo de muchos compañeros de lucha, ni la miopía de algunos, despistados en la ardua empresa, ni puntilloso recelo, ni maligna suspicacia; ni el duro egoísmo de los cubanos ricos o influyentes del coloniaje que no querían la libertad de Cuba porque la consideraban enemiga de su riqueza o de su influencia, ni la pobreza y falta de valimiento de los que querían la libertad; ni los primeros fracasos, ni el fracaso final de Fernandina; ni la férrea contextura del carácter, forjado en la disciplina militar, de Gómez, o los explicables celos de Maceo, ambos conquistados por él en un prodigioso despliegue de simpatía invencible; ni la hostilidad del día gris de Nueva York, ni la incertidumbre de la noche que, frente a Playitas, como un augurio nefasto, envuelve en mares de sombra y borrasca su angustiado sueño de libertad, camino ya del presentido sacrificio final de Dos Ríos.

La clamorosa muchedumbre de los hechos excepcionales de su vida nos dice que, antes que otra cosa, fue aquel hombre cabal *un carácter*, que su primer don fue la posesión plena del carácter, cobijado —oculto para la incompreensión o la frivolidad— bajo las alas prepotentes de un corazón amoroso; y fue así, noble y estupenda paradoja viva, capaz de llevar a los hombres a la guerra sin odio, por la libertad, sintiendo y predicando siempre el amor a los hombres, quien, en la hora oportuna, llevó a su pueblo a la guerra necesaria, a la guerra inevitable, fiel a aquel pensamiento suyo: *un pueblo, antes de ser llamado a la guerra, tiene que saber tras de qué va, y adonde va, y qué le ha de venir después.*

La firme y magnífica estructura del carácter en que se afianza la personalidad de Martí permite a esta desplegar sus aptitudes extraordinarias, y hacerlas genialmente benéficas. Sobre el incommovible cimiento del carácter, se alzan en él, completándose armoniosamente, parte necesaria el uno del otro, el hombre íntimo y el hombre público, manifestaciones de la misma individualidad poderosa, rica, benéficamente dotada.

En Martí, el individuo tiene que caracterizarse, en primer término, por la excepcional resistencia y capacidad de trabajo

de su organización sico-física. Tuvo que ser, y efectivamente fue, un espíritu admirablemente dotado y organizado, imbuido en un cuerpo endeble, cuya acerada resistencia y cuyo íntimo equilibrio funcional hacían de este instrumento idóneo de una genial conjunción de fuerzas espirituales en incesante dinamismo.

En su individualidad espiritual, Martí fue un talento superior profundamente influido y persistentemente guiado por la intuición y el sentimiento. Su talento es inductivo más que deductivo. No suele partir de principios, sino de la aguda observación de la realidad inquietante, misteriosa o problemática; de la certera y abundante captación de una multitud de hechos particulares, reducidos después a síntesis relampagueantes; del penetrante examen de los hombres, transformado después en general y perdurable doctrina de lo humano. Y natural consecuencia de esto, más que calidad específica, es que sea talento antidogmático el suyo, de un efectivo antidogmatismo, sincero y ejemplar. Prueba y señal de su libertad con respecto a dogmas preestablecidos es la ausencia de citas en su copiosísima obra literaria. No le hacen falta, no depende del criterio de otros, aunque los autorice la tradición o la fama, si tiene delante la realidad múltiple de la vida, si tiene claros sentidos para captarla, agudo talento para interpretarla, fina y despierta sensibilidad para hacerla suya, y feliz, sorprendente intuición para iluminar hasta dónde el talento no alcanza.

El talento martiano, auxiliado y completado por medios espirituales tan poderosos, es además, por el contenido de sus conclusiones, eminentemente afirmativo, seguro de sus resultados, a los que no llega sólo por las vías ordinarias de la inteligencia. En su obra sobreabundan las afirmaciones, los esclarecimientos seguros y precisos, los casos de consolidación de las ideas. Por eso le gusta definir, y tiene particular aptitud para ello. Por eso alguna vez lo he llamado, y ahora reitero la designación, maestro en el arte difícil de las definiciones. Pocos escritores de nuestra lengua han definido tanto y tan bien como él; por eso muy pocos han empleado tanto y tan bien el verbo ser, el verbo afirmativo por excelencia, el verbo de las definiciones, tendido por él como puente brevísimo entre los términos de una frase lapidaria, en la que la definición y el aforismo con frecuencia se confunden:

La patria ES agonía y deber, ara y no pedestal.

Patria ES humanidad.

Poseer ES obligarse.

Nada ES un hombre en sí, y lo que ES, lo pone en él su pueblo. Una mujer sin ternura ¿qué ES sino un vaso de carne?

Libertad ES el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía.

Ver en calma un crimen ES cometerlo.

Por la índole de su labor, así como por el campo particular de sus proyecciones, el talento martiano es preferentemente interpretativo y crítico en el mundo de las ideas y en la consideración de la realidad física, psicológica y social; y preferentemente creador en el mundo de los valores, en la zona de lo estético y de lo moral. No se dedicó, no podía dedicarse, a la pura creación ideológica; no se le puede llamar filósofo, sino pensador, porque no creó ningún sistema filosófico desarrollado y completo, como el de Aristóteles o el de Kant, pero tampoco Kant o Aristóteles dieron vida, como él, a un Estado libre, ni crearon, como él, un nuevo estilo en la realización magnífica y original de la belleza artística.

Sobre el sólido cimiento de esta personalidad excepcional, a la que da firmísima coherencia el temple magnífico del carácter, se alzan, completándose armoniosamente, en comunidad de vicisitudes y de reacciones, el hombre íntimo y esencial y el hombre externo de la historia. Para ambos tuvo vigencia en él aquella frase suya: *mi vida es ansiedad*. Para ambos la vida fue un intenso drama, el drama de las luchas, de los sueños combatidos, de los desajustes del hombre sin patria y sin hogar.

La historia nos ofrece casos, como el de Heredia, como el de Luz, como el de Darío, en que todo brota de la intimidad gravitadora del individuo; mientras que otras veces la intimidad casi desaparece, ahogada por la vida externa, como en Bello, como en nuestro Arango y Parreño o en Saco, como en Sarmiento; pero Martí, excepcional también en esto, es el perfecto equilibrio y la íntima correspondencia entre el hombre íntimo y el hombre público, aspectos inseparables y siempre concordantes de la misma personalidad. Por eso es un héroe y un hombre genial al

que se puede ver de cerca, y aun en la intimidad, sin que pierda jamás su grandeza.

En la penuria y la incertidumbre, en la incomprensión y los conflictos del hogar paterno, y en el primer destierro que lo separa de la patria esclavizada y desvalida, transcurre el primer acto del drama del hombre íntimo y del hombre externo, formación en él, en ambos aspectos de su personalidad, del homagño generoso creado por su fantasía poética.

Construido y pronto deshecho dolorosamente el hogar propio, por la incomprensión de los demás y por su entrega a la patria, y arrancado de esta por amarla y por no querer volver a ella sino para hacerla libre, su vida se torna definitivamente angustia y nostalgia, pero también trabajo y heroísmo en la consecución de un ideal que no remata en la merecida ventura personal, sino en la felicidad de su pueblo organizado en un régimen de libertad y de justicia.

En la incertidumbre y en los trabajos del destierro que se prolonga largos años, su vida puede definirse entonces como él definió la del hombre sin patria, es un *árbol en la mar*. Y a ello se añade el drama de su intimidad desgarrada, el de su casa deshecha, en primera y en última razón, por su entrega absoluta a la gran tarea de dar libertad a su pueblo. Su patriotismo agónico y su fervorosa ansia de servicio a todos los hombres no pudieron tener el reparo amoroso del hogar, que él, hombre amoroso por excelencia, para el que todo en la vida tenía un valor sentimental decisivo, necesitaba perentoriamente.

Mirando a ambas vertientes de su alma, la de la patria y la del amor comprensivo y acogedor que necesitaba, comprendemos en qué excepcional medida fue hombre de grandes dolores quien a la vez era arquetipo de actividad inagotable y múltiple y de fe optimista y creadora; y verificamos igualmente la insólita correlación de entes espirituales, con sus muy diversas si no opuestas cualidades, que integran su personalidad a la par compleja y armoniosa.

Siempre, pero muy particularmente en trances de conmemoración, precisará establecer que no comprenderá a Martí, ni podrá hacerle debida justicia, ni captar con fidelidad su mensaje,

quien a la vez no distingue y combine esos elementos dispares en la rara y eficiente complejidad espiritual suya.

Por desgracia, aunque se reconozca la complejidad de su espíritu, predomina la tendencia a mantenerse en la consideración de solo alguno de sus aspectos, así, por muy diversos motivos, se disocian elementos que en su personalidad están y actúan en todo momento como en una perfecta síntesis.

Generalmente se hace de Martí solo sujeto de historia política, o agente de reformas sociales que superan el horizonte de su época, o tipo psicológico, o artista, o pensador; y con mentalidad más propia de las artes plásticas que de cualquier clase de crítica que tienda a la plena captación de lo humano, suele contemplársele en una situación o en una actitud determinada, o solo en el ejercicio de una de sus facultades múltiples: y no es este naturalmente el Martí de la realidad, sino el Martí necesariamente convencional, fragmentado y estático, de la estatua o del cuadro, que solo capta y subraya una cualidad o un aspecto de su ser. Cada uno de esos aspectos corresponde solamente a una realidad particular distinta de su personalidad, en la tribuna, en los afanes conspirativos y de organización revolucionaria, en la creación artística, en los trajines esclavizadores de la vida diaria, en busca del hogar perdido o en el trato cordial con los hombres, fino y galante con las mujeres, amoroso con los niños, comprensivo, amable y justo con todos; predicando, conversando, actuando; en la prisión, en el club revolucionario, en el salón elegante, en el taller del obrero o del artista, en tierras extrañas hostiles o amigas, y finalmente a caballo, en los campos amados de Cuba libre, en esta heroica tierra de Oriente, abrupta y hermosa, camino de Dos Ríos.

La plenitud martiana es todo eso, así debe abarcarse; y nadie puede limitarla sin inminente riesgo de captar solo una personalidad fragmentada y, de alterar después, como necesaria y desgraciada consecuencia, el contenido de su pensamiento, la verdadera significación de su obra, el sentido perdurable de su mensaje.

Fundamental importancia tiene la imprescindible síntesis en la apreciación de todo lo martiano, no solo porque se trata de una vida múltiple y armónica y de una obra copiosa y diversa,

sino porque en su caso estamos ante un pensamiento superior que, lejos de ser excluyente en ningún sentido, se caracteriza por la certera y trascendental resolución de antinomias que pueden dividir, aun a hombres de buena voluntad, en bandos irreconciliables.

El pensamiento martiano está en el justo medio entre individualismo y colectivismo, entre la libertad y el orden necesario y justo, en lo económico, político y social; entre idealismo y realismo, en lo filosófico; entre reflexión e inspiración, en el mundo de la creación artística. Está más cerca de un extremo que del otro; del lado de la libertad, del idealismo, de la inspiración; pero sin perder nunca de vista la falsedad esencial de toda afirmación o negación absoluta o excluyente; y, orientado además por una tolerancia incompatible solo con el quebrantamiento del deber y de la justicia, su ideario parece elaborado para toda posible armonía de las grandes antinomias que desconciertan e inquietan al espíritu del hombre.

Y por ligereza de juicio, y también, con lamentable frecuencia, por apasionamiento, o por deleznable interés personal o de partido, se hace, sin embargo, de su pensamiento un pensamiento unilateral. En su pensamiento complejo que, en lo justo y posible, incluye en lugar de excluir, se aprecia y suele hacerse destacar uno solo de sus aspectos. Conservadores o tradicionalistas a ultranza quieren hacer de su justa defensa de la dignidad y libertad del hombre, la justificación de un estático y cerrado individualismo según la concepción más simplista e imprevisora del siglo XIX, mientras los colectivistas radicales de nuestro tiempo solo ven en su obra un antecedente del imperio del Estado sobre el individuo. Los responsables de todas las tiranías que se acercan a esa obra suya, no le aprecian su doctrina de la rebeldía necesaria ante la opresión, que ella predica en todas sus partes, ni la necesidad de no ver en calma ningún crimen, ni la ineludible obligación de actuar inquebrantablemente para que la libertad y la justicia prevalezcan, sino que solo repiten sus palabras de amor entre los hombres, negando o disimulando en todo caso la falta de libertad, la ausencia precisamente de aquellas condiciones necesarias para que, según el verdadero pensamiento martiano, sea lícita y honrosa la paz. Y aun en el orden

puramente especulativo de las ideas estéticas, corre riesgo de perderse y alterar el sentido amplio de la obra martiana y de las concepciones que le sirven de fundamento, quien al par que reconozca y aprecie la defensa y aun la glorificación de la libertad artística que allí hay, no descubra y tenga en cuenta afirmaciones como estas: *Es preciso dejar reposar las impresiones. Ha de pensarse siempre que no se nos ha de leer con la exaltación con que escribimos.*

Todo esto es o puede ser muy fácilmente alteración consciente o inconsciente de la personalidad y de la obra martianas, deformación frecuente que corrobora la convicción de que solo martianamente, es decir, honrada, justa, integralmente, puede captarse, interpretarse y valorarse todo lo martiano.

En la antinomia entre la libertad y el orden, él está del lado de la libertad, pero conoce los peligros de la paradójica tiranía de la libertad sin límites ni finalidades concretas, y rechaza además la anarquía; y ante este dilema, hace de la libertad protección y estímulo, y no amenaza del hombre, principio que el hombre puede y debe ordenar, racionalizándolo; pero lo que del fondo del pensamiento martiano se deriva, en cuanto a esto, y que antiliberales de muy diverso tipo no ven, es la norma de que solo al que siente la libertad y la disfruta como bien legítimo y necesario, es dado ordenarla y señalarle fines, y no a los que, por una u otra causa, rechazan, desconocen o abiertamente combaten su razón de ser y su plena vigencia.

En la contraposición y el choque de intereses del individuo y de la sociedad, tampoco interpreta fielmente el pensamiento martiano quienquiera que pretenda utilizarlo para apuntalar extremismos excluyentes. Es cierto que su obra es una perdurable y magnífica defensa de la personalidad humana, de la dignidad del hombre y de sus derechos esenciales inalienables; pero, más allá de eso, y con eso, es la más decidida y persistente condenación del individualismo egoísta, despreocupado o simplemente consentidor de la injusticia, que floreció en el siglo XIX y aun prospera en el nuestro. La obra martiana es la más precisa y categórica determinación de los deberes del individuo ante los intereses superiores de la comunidad, económica, social y políticamente considerada; pero esta es también para Martí una

entidad henchida de sentido humano, sujeto, a su vez, tanto de derechos como de deberes inexcusables de protección y servicio con respecto al individuo, por todo ello, sin el frío e irresponsable impersonalismo del Estado del siglo xx.

Para Martí, no se plantea el tajante dilema entre individualismo y colectivismo en la forma abstracta que suele considerarlo y según la cual pretende resolverlo nuestra época. No hay, para él, en este caso una relación de necesaria sumisión entre dos abstracciones dialécticas, el individuo y el Estado, en detrimento del primero, o con merma de la razón de ser del segundo. Para su espíritu generosamente romántico, jamás desasido de la realidad, pero que necesitaba colmar esa realidad de positivos valores humanos para hacerla habitable por el hombre, el Estado queda reducido a la condición subalterna de mera entidad administrativa, y la relación, no una relación mecánica, sino humanizada, se establece entre el individuo, que siempre es un hombre pleno y verdadero, que nunca es un número de la aritmética social; y del otro lado, la comunidad, que concibe esencialmente humana como quienes la integran, la comunidad, que para él es, en su forma suprema, la patria, entidad con nombre femenino y espíritu de madre, siempre respetable y merecedora de servicio y homenaje, siempre sagrada, amorosa y vigilante.

Ante el profundo y persistente sentido humano de su pensamiento, que no se aviene con los sistemas despersonalizados de las últimas décadas, y desorientados por lo inusitado de su entusiasmo y por su lenguaje romántico, el extremismo de la derecha y el de la izquierda, sin poder negar el vigoroso acento personal de su doctrina, ni la permanencia de sus valores esenciales, echan de menos en ella principios y normas que, se piensa, no recoge y desarrolla por no haber alcanzado Martí el estado económico, político y social de nuestro tiempo; pero, más sentido tiene preguntarse si no son esos pensadores políticos y estadistas de nuestra época los que no han podido llegar hasta él, hasta el alto horizonte desde el cual el pensamiento martiano hubo de concebir un régimen para una humanidad que, si aun no existe sino en sus ejemplares superiores, puede producirse, como él cree, por la superación incesante del hombre en su medio, por el respeto a sus atributos esenciales y por el paciente desarrollo de sus aptitudes en germen.

Este equilibrio de juicio y actitud se manifiesta igualmente en las demás zonas de lo martiano. Lo apuntamos ya, siquiera en esbozo, con respecto a su conducta y al sector de su pensamiento que se relaciona con el hombre de acción, y quienquiera que se lo proponga puede verificarlo del mismo modo en cuanto a su pensamiento puramente especulativo, y con respecto al que sirve de norma a su creación artística.

Equilibrio no significa en este caso eclecticismo oportunista, ni especie alguna de filosofía pasiva, conformista y casuística, sino, por el contrario, verdadera filosofía, en cuanto es consciente y afanosa captación de esencias y razones, realizada por una mentalidad aguda y vivaz que reclama siempre amplio cauce para su avance, y que por eso mismo tiende a no encerrarse en el estatismo de lo absoluto y de fórmulas excluyentes.

Lo que más importa establecer, como consecuencia de esta específica condición de su pensar, es el tipo de unidad de este, unidad hecha frecuentísimamente de la armónica y original resolución de antinomias, por lo que la formación de una antología martiana, tarea relativamente fácil para el mero captador de bellezas literarias, será siempre empresa ardua y riesgosa para el que mire fundamentalmente al reflejo fiel de su pensamiento. En toda selección de la obra martiana, como en toda referencia a los juicios fundamentales que la caracterizan, hay que tener presente la pluralidad de elementos integrantes y la amplitud de proyecciones.

Su entusiasmo, el acento cálido y firme de su voz insinuante y su espíritu afirmativo y optimista, no deben conducir a incluirlo, en virtud de apariencias, entre quienes prefieren afirmar o negar en un solo sentido; y no será superfluo reiterar que descomponer la doctrina martiana en aspectos, para que así defienda un partido o justifique una situación determinada, no es ya error posible, sino, por desgracia, frecuente delito contra la reverencia debida a su memoria, contra el respeto debido a su obra, y contra la honradez de juicio, más respetable y necesaria que la que atiende solo a la protección de los bienes materiales.

El mensaje de Martí a la posteridad, uno, múltiple y armonioso, que no puede ser considerado como excluyente en ninguno de sus aspectos o elementos sin traicionarlo, tiene un

destinatario y un motivo, que es el hombre, pero el hombre integralmente considerado, ala y raíz, para emplear símbolos suyos, tanto el hombre individual y limitado, mutable y perecedero, de la realidad cotidiana, el hombre de carne y hueso, más de acción o pasión que de voluntad y de ideas, como el otro, el más ostensible, señor de las circunstancias y sujeto de la historia.

En el mensaje de Martí, dándole valor básico, está, como motivo y finalidad, el hombre integral, y no el hombre mutilado, fragmentado, parcial, según ciertas ideas, según ciertos intereses.

Humano y para el hombre es el mensaje martiano. En primer término, su autor es equilibrado y justo, en el dar, en el conceder y garantizar, lo mismo que en el exigir; pero Martí, hombre de deberes, quiere que el hombre lo sea siempre, y empieza siempre por estos.

Para él los deberes precisa que vayan delante del hombre, y la moral, si científicamente puede ser una consecuencia, para él, prácticamente debe ser fundamento y condición ineludible en todos los órdenes de lo humano. Para él, el deber, que tiene que cumplirse sencilla y naturalmente, es y vale por sí, más allá de sanciones y premios; y de su cumplimiento no excusa ni la pasividad, ni el disimulo, porque piensa que embellecer el delito o presenciarlo en calma equivale a cometerlo, que el pensamiento, como la acción, tiene responsabilidades, y que poseer obliga, como tener patria, que impone el servirla y defenderla y mejorarla, y aun el no tenerla, que no excusa a nadie de conquistarla.

De este básico, universal, dinámico y humano concepto del deber, nace en él la noción viva de la justicia. Quien ha hecho y sinceramente está dispuesto a hacer lo que debe, realiza el mejor ejercicio y adquiere la mejor aptitud para dar a los demás lo suyo, para cumplir con lo que impone la justicia, criterio martiano de conducta que rige para el individuo, y es a la par principio en que se funda la nación.

Pero, si Martí exige mucho al hombre, sobre el supuesto de que ha de escuchar su mensaje, le da también lo que le corresponde, y reclama para él el bien supremo, necesario, e imprescriptible, de la libertad, completándose así el amplio y preciso contorno de su doctrina.

En el ordenamiento de los principios del pensamiento marbaño, no puede olvidarse que la libertad es consecuencia y culminación de otros elementos, sin los cuales degenera y carece de sentido.

Para Martí, solo por el camino del deber, obedeciendo las normas de la justicia, cuyo criterio fía a la razón y a la conciencia libre y responsable del hombre, solo tras el cumplimiento de tales requisitos, se llega a una libertad plena, efectiva, concreta, con fines precisos, para el hombre, y no contra él, a la libertad como ambiente natural, como esencia de la vida.

Conformado por estos conceptos capitales, y fundándose en ellos, se extiende el pensamiento martiano por los más variados campos del conocimiento, de la especulación y de la crítica, y despliega sus galas su creación artística, impulsada por ímpetu genial; pero en Martí, arte, pensamiento y vida culminan en su perdurable lección de preclara humanidad, que aun no hemos aprendido, cuya resonancia llega a veces hasta nosotros, al cabo de un siglo, con los caracteres de una protesta y de una terrible acusación.

No hemos escuchado su mensaje; la República fue desviándose de la ruta que él hubo de marcarle, y hoy no podemos decir que impera entre nosotros su doctrina, porque la quebrantaron y quebrantan los más obligados a ser sus fieles ejecutores, porque la patria ha sido y es pedestal, y no ara; aprovechamiento inescrupuloso, imposición de la política de lucro y de fuerza, y complacencia con ella, y no agonía y deber, en un régimen martiano de libertad y de justicia. No se ha escuchado su voz, y decirlo es la mejor, la única manera honrada de empezar el homenaje a su memoria, para reafirmar después la profunda convicción de los cubanos de limpio corazón de que haremos que su doctrina sea ley de la República.

En este centenario suyo, sería traicionar la lealtad a él debida, ignorar la existencia de una profunda crisis nacional que cierra el horizonte; pero, para triunfar de ella, tenemos su lección viva de patriotismo agónico y de fe en un pueblo que del coloniaje impulsó él a la vida libre, y tenemos el ejemplo de su perseverancia, de su decisión de iluminado, de su noble intransigencia con la tiranía y con todas las formas de la injusticia. El

camino no puede ser otro sino la vuelta a lo martiano. La historia, se dice, no se repite; pero el hombre es esencialmente el mismo, y, ante análogas situaciones, se imponen reacciones análogas. La reacción martiana ante el presente dramático de nuestro pueblo conserva plenamente su vigencia. Hoy, como ayer, el credo martiano vale por el más completo y efectivo programa de acción contra todas las formas del conformismo cómplice que pretende, a cambio de ventajas de cualquier tipo, al precio a veces de una paz necesariamente precaria y deshonrosa, fundada en la fuerza, aceptar los hechos consumados y por consumarse de la violencia y de la corrupción, asociadas en la integración de un régimen tiránico, ilegítimo e injusto. Martí no esperó nunca nada bueno y perdurable de la tiranía colonial de España; y del mismo modo, nuestro deber es no esperar nada que no sea digno de execración de todo régimen que, hoy o en el futuro, por su constitución, por sus procedimientos y por sus fines, sea la negación del ideal martiano que nos hizo y nos hará libres. En la paz justa, la cooperación cordial y la disciplina creadora predicada por el Apóstol; pero, en toda situación que signifique el desconocimiento de la libertad y de la justicia, que no se funde limpiamente en el decoro y en el lícito y necesario bienestar del hombre, ante cualquier régimen que niegue lo martiano, la noble e ineludible rebeldía que en lo martiano tiene modelo perenne. Vivir la doctrina de Martí, mientras otros la repiten insinceramente, y toman en vano, para falsas y profanadoras promesas, para la escandalosa defensa del error y del crimen, el nombre luminoso del Apóstol.

Tal es el sentido y valor de su mensaje. Vivir su doctrina, para que un día pueda su imagen velar sobre todos los cubanos sin más escolta que la que le dé la compañía de su pueblo, sin otro homenaje que no sea el de la conciencia de los hombres libres, para los que, una vez y siempre, resonó la palabra de la verdad y de la justicia como la palabra de Dios.